

La crítica moderna en Argentina: la revista *Los Libros* (1969-1976)

por Fabio Esposito

(Universidad Nacional de La Plata – CONICET, Argentina)

RESUMEN

Desde el primer número de la revista *Los Libros* aparecen una serie de reseñas sobre obras críticas. Esta crítica de la crítica cobra importancia porque en ese conjunto de reseñas se configura un espacio de lecturas contrapuestas que se perfilan con mayor nitidez que en las reseñas sobre obras literarias, en donde, debido a la diversidad de los colaboradores, las lecturas resultan muy dispares. La crítica de la crítica pone en escena modos de lectura diferenciados entre sí que suponen estrategias antagónicas de encarar la modernización de la disciplina. Este trabajo se propone analizar en esta serie de reseñas las diversas tendencias de la crítica literaria argentina que comienzan a distinguirse en esta revista.

Palabras clave: literatura argentina-crítica literaria-revistas literarias-modernización-historia de la crítica

La revista *Los Libros* (1969-1976) constituye un capítulo fundamental de la historia de la crítica literaria en Argentina; en sus páginas se gestan algunas de las principales tendencias críticas que van a dominar los estudios literarios y culturales de los últimos cuarenta años en nuestro país.

En esta revista, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo comienzan sus trabajos en colaboración, punto de arranque del giro cultural que tomará la crítica literaria y que llegará a su apogeo años más tarde en la revista *Punto de Vista* (1978-2008). Nicolás Rosa apura el desembarco de la “nueva crítica”, a tono con las novedades del estructuralismo francés, mientras Ricardo Piglia publica su célebre artículo sobre *El juguete rabioso*, plasmando una síntesis brillante de la teoría marxista y el análisis formal. Por último, los críticos más vinculados con el peronismo y la izquierda nacional como Jorge B. Rivera y Eduardo Romano procuran, bajo la tutela de la teoría de la dependencia, ampliar su objeto hacia productos culturales vinculados con los medios masivos, actualizando sus métodos de análisis con los aportes de la semiología y la sociología de la cultura. En suma, buena parte de lo más significativo de la crítica literaria argentina de los últimos años sucedió primero en *Los Libros*.

Los Libros comienza a salir en formato tabloide, tapa color y frecuencia mensual en julio de 1969, bajo la dirección de Héctor Schmucler y con el subtítulo “un mes de publicaciones en Argentina y el mundo”.¹ La revista cuenta con el apoyo financiero de la Editorial Galerna y se presenta como una publicación moderna de reseñas sobre las novedades del mundo editorial, importando la fórmula exitosa de *La Quinzaine littéraire* de Maurice Nadeau y recurriendo a la provechosa alianza entre la cultura de izquierda y el sector editorial. Esa alianza parece consolidarse a partir del número 8, cuando la revista adopte el lema “un mes de publicaciones en América Latina”, y emprenda su latinoamericanización, que incluirá un ambicioso proyecto editorial de expansión regional, reflejado

¹ Esta periodicidad se cumple hasta el n° 7 (enero de 1970). El número siguiente sale cuatro meses después y mantiene esa frecuencia hasta el n° 20 (junio de 1971). A partir del n° 21 la publicación se vuelve bimensual hasta el n° 28 (septiembre de 1972), cuando deja de salir durante otros cuatro meses. Con formato reducido y abandonando el color de las tapas, el n° 29 es de marzo/abril de 1973. A partir de entonces estará en los kioscos cada dos meses hasta el último n°, el 44, que debió salir en noviembre de 1975, y lo hizo recién en enero del año siguiente.



en el apoyo financiero de editoriales latinoamericanas. Y se agota en el n° 21, cuando la editorial Galerna se retire del proyecto y Guillermo Schavelzon deje de ser el editor responsable. A partir del n° 22, la consigna pasará a ser “Para una crítica política de la cultura”.² En el n° 40 se aleja Ricardo Piglia por discrepancias políticas y a partir del n° 41 el lema será “Una política en la cultura”.³

Leída en serie, la sucesión de los lemas puede abonar la hipótesis que concibe la politización de la revista como un desvío del programa original, en donde el proyecto modernizador pierde su especificidad como resultado de la radicalización del contexto político. Lo que habría comenzado bajo la forma de un programa de la “nueva crítica”, basado en la importación de modelos teóricos –como la semiología, el estructuralismo althusseriano, el marxismo, el psicoanálisis-, y en la postulación de un modelo científico y una metodología específica para la crítica literaria que ampliara sus horizontes como crítica ideológica, concluiría en las playas arenosas de la política, que, como dice Oscar Terán, “se torna en la región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida por cierto la teórica” (1993:12).

José Luis de Diego señala que buena parte de la importancia de *Los Libros* reside en la introducción de una serie de novedades que tendrán una vasta influencia en los años siguientes: es el origen de la nueva crítica, algunos de cuyos nombres ocuparán un lugar central en los años 80 y 90; es un espacio que promueve la presencia privilegiada de textos literarios de reciente aparición que tienden a incorporar en sus ficciones el problema de la representación literaria; y se pone en marcha una actualización teórica abierta a diversos saberes como el marxismo, el psicoanálisis, el estructuralismo y la semiología. Entre los rasgos diferenciales de la revista, de Diego destaca, además, la inclusión “de una suerte de *crítica de la crítica* en la que los libros de crítica que publican los colaboradores de *Los Libros* son criticados por sus colegas de modo que los colaboradores son alternativamente *sujeto y objeto* del discurso crítico” (2003:67). En efecto, desde sus primeras páginas, *Los Libros* va a dedicarle una atención particular a la crítica literaria. En el n° 1 Jorge B. Rivera subraya las imprecisiones críticas de tres ensayos literarios de Ernesto Sábato, aunque reconoce su utilidad para reelaborar una síntesis de su teoría literaria y para estudiar las raíces culturales e ideológicas de su pensamiento. Asimismo, Nicolás Rosa se pregunta si en la compilación de Jorge Lafforgue, *La nueva novela latinoamericana*, no estarían presentes los primeros indicios de un modo novedoso de leer los textos literarios, al cual no vacila en bautizar como “la nueva crítica”. Al siguiente número, nuevamente Rosa aborda un libro de ensayos literarios de Severo Sarduy, mientras que Eduardo Romano realiza un exhaustivo balance de la historia de las lecturas críticas de la obra de Roberto Arlt, con motivo de la reseña de dos libros de reciente aparición; condena a uno de ellos por su excesivo carácter escolar, pues no disimula, señala Romano “que fue originalmente una tesis de licenciatura de nuestra anodina Facultad de Filosofía y Letras” (1969: 7). En el n° 7, Josefina Ludmer elogia con entusiasmo *Crítica y Significación* de Rosa y en el n° 12 Rivera se encarga del libro de Félix Weinberg sobre los orígenes del género gauchesco. En el n° 15/16 Rosa descarga toda su artillería sobre la revista *Sur* y dos números después, en el 18, detendrá su mirada inquisidora sobre la revista *Contorno*, cuando le dedique una larga reseña a *De Sarmiento a Cortázar* de David Viñas. Por su parte, Ángel Núñez revisará los *Ensayos y estudios de literatura argentina* de Noé Jitrik. En el número siguiente, Luis Gregorich subraya la importancia de obras como la *Enciclopedia de la literatura argentina* de Pedro Orgambide. En el n° 26 aparece la tan citada reseña de Rosa en donde ataca con dureza las lecturas críticas de la obra de Borges, desde la de Adolfo Prieto hasta la de Blas Matamoro. Finalmente, el n° 28 incluye la famosa encuesta sobre la crítica literaria junto con la reseña que escribe Jitrik a propósito del libro de Ludmer sobre *Cien años de soledad*, el elogio de Romano a *El fuego de la especie* de Jitrik, la polémica de Blas Matamoro con Nicolás Rosa y la esmerada lectura de Héctor Schmucler del segundo volumen de *La nueva novela latinoamericana*, cuya primera parte

² El n° 29 marca la desvinculación de Héctor Schmucler y el consejo de redacción pasará a estar integrado por Ricardo Piglia, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo. En los trabajos que se han escrito sobre la revista es frecuente considerar el n° 29 como un punto de inflexión, cuando la publicación abandona el formato tabloide y deja de ser una revista de crítica de libros, para politizarse en una línea de izquierda revolucionaria identificada con el maoísmo. Sin embargo, la salida de Galerna no deja de ser un cambio de rumbo significativo que preanuncia el “golpe de estado” que significa la salida de Schmucler poco después, en el n° 29.

³ El último número es el 44, de enero-febrero de 1976, cuando el proyecto se interrumpe debido al golpe de estado.

había sido reseñada, como vimos, en la primera entrega de la revista. En los últimos 15 números, cuando las urgencias de la militancia revolucionaria se adueñen de la publicación, el interés por la crítica literaria parece extinguirse casi por completo.

En total son dieciocho notas, seis a cargo de Nicolás Rosa, la firma más prolífica. Después viene Rivera con tres y Romano con dos. El resto solo firma una nota. En cuanto al contenido, catorce abordan obras críticas sobre literatura argentina y las cuatro restantes, sobre literatura latinoamericana.

Esta crítica de la crítica cobra importancia porque en ese conjunto de reseñas se configura un espacio de lecturas contrapuestas que se perfilan con mayor nitidez que en las reseñas sobre obras literarias, en donde, debido a la diversidad de los colaboradores, las lecturas resultan muy dispares. La crítica de la crítica pone en escena modos de lectura diferenciados entre sí que suponen estrategias antagónicas de encarar la modernización de la disciplina.

Entre estas estrategias, puede distinguirse el programa de actualización crítica y teórica, atento a las novedades de la crítica francesa, promovido por Nicolás Rosa, y muchas veces identificado con la “nueva crítica” de la revista *Los Libros*.

En el n° 1, como dijimos, Nicolás Rosa inaugura la serie de la crítica de la crítica de la revista con la reseña de la compilación de artículos críticos que Jorge Lafforgue publicó en Paidós con el título de *La nueva novela latinoamericana*, y resume el programa de esa “nueva crítica”.⁴ Sugiere que lo que se presenta como un conjunto de ensayos sobre la nueva narrativa latinoamericana podría pensarse también como la introducción de la llamada “nueva crítica”. Es llamativo que para celebrar el advenimiento de la nueva crítica, nacida de las entrañas mismas del estructuralismo, Rosa recurra a una compilación de artículos críticos sobre algunos autores pertenecientes al *boom* de la narrativa latinoamericana, habitualmente vinculados con otros modos de leer, exhibiendo un desacople entre producción literaria y producción crítica, como si la nueva crítica no hubiera encontrado todavía la serie de obras literarias acordes a sus concepciones del signo, del sujeto y de la representación.

En esta reseña, Rosa se interroga sobre la existencia de esa nueva crítica, sobre sus integrantes, sus presupuestos teóricos, sus rivales, sus precursores. Finalmente, se pregunta si no se estaría importando una polémica ajena cuando se habla de ella, en un afán que exhibe un propósito más promocional que analítico.

Ahora bien, ¿en qué consiste esa nueva crítica que nace casi como una aspiración de Rosa y que comienza a despuntar en los primeros números de *Los Libros*? ¿Qué condiciones debería cumplir? En primer lugar, es necesario que proponga análisis textuales concretos y rigurosos a través de los instrumentos conceptuales que aporta la lingüística y con una metodología que asegure la objetividad. Así, para Rosa “la preocupación por el contacto directo con la obra –a través del instrumental lingüístico y antropológico- aparece como la inquietud expresa de algunos nuevos críticos”. “Es evidente”, continúa, “que la lingüística es la que ha creado el clima necesario para el acercamiento a lo concreto real de la obra y la posibilidad de la creación de un instrumental científico para abordarla” (1969a: 6). Del mismo modo, luego de tomar distancia del trabajo crítico de David Viñas, reconoce que su valor “se asienta en una lectura concreta de los textos que integran la literatura argentina” (1971b: 11). El análisis concreto parece ser también para Ludmer la mayor virtud de la nueva crítica, cuando afirma que “los aciertos de *Crítica y significación* se ubican en los análisis concretos, algunos de los cuales cuentan entre los más brillantes producidos por la crítica argentina de los últimos años: el artículo sobre *Tres Tristes Tigres* es, desde esta perspectiva, el mejor del conjunto: crítica analítica, inmanente y concreta” (1970: 5). En este sentido, es el análisis concreto que Ludmer despliega en su libro *Cien años de soledad, una interpretación* lo que fascina a Noé Jitrik al punto de oponer la crítica literaria a una disciplina superadora que él denomina “trabajo crítico”, de la cual la obra de Ludmer sería en Argentina el punto de arranque. Jitrik destaca con entusiasmo un modelo metodológico objetivo de análisis textual en donde la lectura no estaría sujeta a las impresiones del crítico sino a la articulación de distintas prácticas, como el psicoanálisis, la antropología y la literatura (1972:14). Para

⁴ La compilación de Lafforgue reúne artículos críticos sobre la obra de García Márquez, Vargas Llosa, Rulfo, Severo Sarduy, José Lezama Lima, Vicente Leñero, Carlos Martínez Moreno, José María Arguedas, Fernando del Paso, Juan García Ponce, Agustín Yáñez.

los impulsores de la nueva crítica el análisis concreto es concebido como sinónimo de análisis formal y se opone no solo al análisis impresionista, sino también al temático en el sentido sociológico.

El otro requisito que debe cumplir la nueva crítica es la postulación de un discurso de carácter científico, que se manifiesta a través de una metodología rigurosamente atenta, por un lado, a las mediaciones entre los niveles textuales y entre el texto y el mundo por otro, esto es, una metodología afín al análisis estructural de los relatos. De este modo, Rosa busca derribar los mitos de la “unidad de la creación” y de la “autonomía de la obra” cuando postula que “la crítica debe ser ese mediador necesario de las significaciones que se entrelazan en los numerosos *pasajes* de la obra y el mundo: cuando precisamente debería proponerse que la obra es ese mismo sistema relacionante y en continua transformación con lo que es el sistema homólogo del mundo” (1969a: 7). Fundado en estas creencias, Rosa dictamina que “Romano cumple estrictamente con el precepto básico del único estructuralismo posible: mostrada la estructura inmediatamente es necesario preguntarse por el sentido” (1969a: 7).

El ideal científico también puede alcanzarse, de acuerdo con el credo estructuralista de la nueva crítica, a través de un tipo de escritura que se aleje del comentario y del ensayo literario. Por ejemplo, Ludmer, luego de objetar cierto barroquismo verbal de *Crítica y significación* postula que “la crítica es sobre todo creación de un lenguaje, y ese lenguaje debe acercarse lo más posible a la denotación” (1970: 5). Sin embargo, el mito del lenguaje denotativo, del metalenguaje, encierra una paradoja porque es contrario a la definición misma de la lengua como entidad diferencial que propugna la lingüística en la que se inspira la nueva crítica. O en el lenguaje hay diferencias, y todo es “juego”, o hay denotación y sentido fijo. De esta trampa, tanto Ludmer como Rosa y Jitrik escapan muy pronto, a través de la noción de escritura crítica.

Junto con el análisis textual riguroso, la concepción de la obra como una estructura organizada en niveles y el control estilístico del discurso, otro requisito de la nueva crítica consiste en establecer con rigor las mediaciones necesarias entre el arte y la sociedad a través del concepto de ideología. La nueva crítica debe ser ideológica. Esta exigencia ya está presente en la nota editorial que abre la publicación, en donde se propone una crítica destinada a desacralizar el libro: “en la medida que todo lenguaje está cargado de ideología la crítica a los libros subraya un interrogante sobre las ideas que encierran” (AA.VV. 1969: 2). Pero la ideología no solo aparece como un concepto central en la formulación teórico-metodológica de un programa, sino también en las lecturas particulares. Jorge B. Rivera sostiene que la poco convincente explicación de Félix Weinberg sobre la veta popular de la poesía de Juan Gualberto Godoy se debe a que el crítico no habría relacionado este aspecto de la obra “con la instauración de un nuevo público” ni verificado “qué concepción del mundo y de la vida –esto es qué ideología- la sustenta” (1970: 27). Del mismo modo, cuando Rosa esboza un programa de lectura para la obra de Borges sugiere que “hay que preguntarse por su ideología” (1972a: 20). Pero la palabra “ideología” no es utilizada por los colaboradores de *Los Libros* con un sentido unánime. Algunas veces es empleada para aludir a una concepción acabada del mundo, otras refiere al conjunto de ideas de la clase dominante o a las ideas falsas que contribuyen a legitimar el poder político dominante y otras, finalmente, hace referencia, de acuerdo con las tesis de Althusser, a esa ilusión que da forma a la relación de los hombre con sus condiciones de existencia.

La crítica ideológica de cuño althusseriano que profesan algunos de los nuevos críticos de *Los Libros* les permite crear un espacio que combina marxismo con estructuralismo, semiología, antropología y psicoanálisis y escapar de las teorías del reflejo para pensar la relación entre la literatura y la sociedad. Al mismo tiempo, el Barthes de *Mitologías* ofrece un modelo de lectura ideológica que contribuye a expandir el objeto de estudio sin traspasar los límites del proyecto moderno. Se lee entonces ideológicamente la cobertura televisiva de las elecciones presidenciales, la literatura infantil o *Boquitas pintadas* de Manuel Puig.

Si el análisis formal es uno de los atributos de la nueva crítica, no es de extrañar entonces la condena sistemática que se ejerce sobre la crítica sociológica. En el vocabulario de Rosa, “sociológico” adquiere un matiz peyorativo que lo enfrenta con la tradición sociológica de la crítica argentina tributaria de la revista *Contorno*. Así, en su reseña a *De Sarmiento a Cortázar*, se subrayan las claves sociológicas de las interpretaciones de Viñas como si fueran un demérito, un punto débil de la lectura. Rosa condena que la perspectiva sociológica de Viñas proponga un análisis temático de lo político –las grandes metáforas- en lugar de localizar lo político en lo formal, en la escritura. Y que considere los cambios sociales (la profesionalización del escritor, la formación de un nuevo público, la secularización de la sociedad, etc.) como determinaciones de los cambios literarios. Dicho de otro

modo, que la literatura refleje las transformaciones de la sociedad. En “Borges y la crítica”, Rosa vuelve a arremeter contra la perspectiva sociológica, retomando los argumentos vinculados con la relevancia del análisis formal y la autonomía del discurso literario, que había puesto en juego desde el número inicial de la revista:

Ambos críticos [Adolfo Prieto y David Viñas] podrían ser ubicados, a pesar de sus diferencias notorias –el caso de Noé Jitrik polariza estas diferencias- dentro del plano de las críticas sociológicas que es donde han realizado sus mejores aportes. Pero esta crítica y sus fundamentos aparecen oblicuamente tangenciales ante el hecho literario: constituyen un aporte a la sociología general, integran una rama de la historia de la cultura y desplazan el conocimiento de la obra, es decir de la práctica de la escritura como práctica social específica, hacia el nivel de otras prácticas eludiendo precisamente su elemento material y fundamental: la materia prima de la obra (Rosa 1972b: 19)

La crítica sociológica, insiste Rosa, pierde de vista la especificidad de la práctica de la escritura porque elude el análisis formal, esto es, el análisis de la lengua, materia prima de la literatura.

Más allá de los entusiastas cultores de la nueva crítica, no hay que perder de vista que entre los colaboradores de *Los Libros* persiste un núcleo sociológico, también favorecido por el aire purificador de la renovación teórica. Es el caso de Jorge B. Rivera, quien, como vimos, le achaca a Weinberg no haber relacionado la obra de Godoy con la instauración de un nuevo público, desde una matriz interpretativa inobjetablemente sociológica. En efecto, los acordes estructuralistas no resultan seductores para todos los oídos. Ángel Núñez, en su lectura de *Los ensayos y estudios de literatura argentina* de Noé Jitrik busca recortar “el planteo básico de lo que es la crítica de nuestra literatura como elemento de liberación” y destaca lo que considera “una necesidad básica para plantear la crítica en un país dependiente: la vinculación entre obras culturales y proceso de liberación” (1971: 16), haciendo caso omiso al problema del análisis inmanente y de las mediaciones que tanto preocupa a Rosa. Por otra parte, cabe agregar que la cuestión de la dependencia interviene directamente en el mundo cultural al extremo de que sirve al crítico como criterio de valoración: en un país dependiente como la Argentina, las manifestaciones artísticas y culturales que reciben una valoración positiva son aquellas que contribuyen a la independencia cultural. Por el contrario, aquéllas que ayudan a fortalecer la dependencia, son rechazadas con firmeza.

La adhesión al discurso de la dependencia no impide a Eduardo Romano celebrar con entusiasmo el salto estructuralista de Noé Jitrik en *El fuego de la especie* y valorar “su riguroso aporte a una renovación del enfoque crítico” sobre el discurso narrativo porque “asimila e integra los aportes del pensamiento estructuralista francés”. Pero esta renovación sería legítima debido a que Jitrik trata de “adaptar esas categorías a los signos literarios de obras narrativas argentinas” (1972: 16). Esto es, la teoría de la dependencia no resulta una barrera para la asimilación de la actualización teórica francesa, siempre y cuando esta actualización sea expurgada de sus vicios: “Nada queda en estos trabajos”, observa Romano, “de aquella actitud deformadora y dependiente, pues, como dijimos, la nomenclatura y las categorías estructuralistas francesas están puestas aquí al servicio de una indagación original no confrontadora ni minimizadora de nuestra producción literaria” (1972: 16). En suma, la incorporación de modelos teóricos no se contradice con una práctica crítica concebida como un “arma política, como guía y apertura del lector a una problemática que por sus mediaciones tan peculiares y por sus signos específicos ha sido consecuentemente desnaturalizada o disfrazada desde los sectores minoritarios que juntamente con el poder político usurpan el significado de los hechos culturales y han congelado y oficializado una serie de productos, ritos y gestos sectarios como representativos de “la” cultura argentina” (1972: 16). La crítica es concebida como una práctica política de la “batalla cultural”, pero su carácter ancilar no obstaculiza la incorporación de un modelo teórico, signo inequívoco de la autonomización de la práctica en otros centros culturales.

Que la creación de un espacio que se interrogue sobre los contenidos ideológicos de los libros que se publican y se oriente hacia una crítica ideológica que combine estructuralismo y marxismo sea una aspiración con la que no todos los colaboradores de la revista comulgan, parece demostrarlo la

poca aceptación que tuvo entre ellos la encuesta sobre la crítica publicada en el nº 28, de septiembre de 1972. Cuatro de los encuestados –Noé Jitrik, Adolfo Prieto, Santiago González y David Viñas- no contestaron, mientras que de los cinco críticos que enviaron sus respuestas, dos de ellos –Josefina Ludmer y Luis Gregorich- cuestionaron seriamente la formulación de las preguntas.

La encuesta está conformada por cuatro preguntas encabezadas por una nota editorial que esboza un programa crítico de sesgo marcadamente althusseriano. Sin embargo, las ideas que orientan las preguntas no gozan del consenso unánime de los encuestados. La redacción de la revista propone una crítica concebida como arma de la lucha ideológica que procura construir “un discurso teórico que abra la posibilidad de una inserción revolucionaria para su práctica” (AAVV 1972: 3). Su principal propósito sería el de desenmascarar una ideología de la literatura que reproduce las ideas y valores que legitiman la supremacía de las clases dominantes a través de los aparatos ideológicos del Estado, como la escuela y el mercado. En este marco, la encuesta pone a consideración de los entrevistados si la crítica debe tener como tarea definir y precisar los efectos de la ideología de la literatura sobre los modos de leer que se ha internalizado entre los lectores; si debe privilegiar alguno de los diferentes códigos de lectura que coexisten en la sociedad o crear sus propios códigos; si puede dar cuenta de las relaciones que un texto literario establece con los diferentes sistemas de la sociedad (económico, ideológico, estético, etc.); sobre las posibilidades teóricas y prácticas que permitirían dar cuenta de las relaciones entre los sistemas extraliterarios (económicos, políticos, etc.) y el sistema del texto en la actual crítica literaria argentina. Pero los encuestados responden más o menos lo que quieren y en algunos casos incluso cuestionan con su respuesta aquello que afirma la formulación de la pregunta. Parecen más preocupados por incluir en sus argumentaciones el discurso de la dependencia que en indagar los efectos de las prácticas lectoras de las instituciones escolares, concebidas por quienes formularon la encuesta como aparatos ideológicos del estado. Así, estas consignas lo llevan a Ángel Núñez a tratar de compatibilizar la práctica crítica con la teoría de la dependencia y a proponer “hacer desde nuestro actual enfoque liberador, que es el peronismo, una revisión metodológicamente rigurosa de toda nuestra literatura, entendiéndola en función de la lucha por la afirmación de la cultura nacional, y teniendo en cuenta la compleja mediatización que caracteriza a todas las obras de arte.” (AAVV 1972: 6). Incluso Josefina Ludmer no puede dejar de sustraerse al influjo de este discurso cuando afirma que “el crítico argentino debe tomar conciencia, hoy, de que en nuestra sociedad dependiente del imperialismo, su función es muy limitada (del mismo modo que el escritor); la revolución necesaria en la Argentina no se juega en el trabajo crítico.” (AAVV 1972: 5). Del mismo modo, Ricardo Piglia trataría de hacer ver “cómo se constituye un sistema literario en el que la dependencia funciona a la vez como condición de producción y como espacio de lectura” (AAVV 1972: 7).

Si nos detenemos nuevamente en este conjunto de artículos, en la crítica de la crítica de la revista *Los Libros*, observamos que la tensión entre vanguardia modernizadora y radicalización política, entre cientificistas y populistas, que terminaría inclinándose hacia las urgencias militantes de la época, como advierte con perspicacia Panesi, no sería tanto el resultado de un proceso, sino que habría estado presente desde los inicios del proyecto, cuando se vislumbra un nuevo tipo de crítica “que respondiera al doble afán de rigor metodológicamente penetrante y de militancia esclarecedora” (2000: 28), y que deja entrever “ese tironeo entre la ideología y la seducción de los modelos” (2000: 27).

Esto lo lleva a afirmar a Diego Peller que “*Los Libros* se constituyó desde el vamos como un espacio heterogéneo, fracturado por una tensión interna entre aquellos que defendían la especificidad y la profesionalización de la crítica y aquellos que se inclinaban por una renuncia de la especificidad (la crítica literaria y el comentario bibliográfico) en pos de una creciente politización” (2012: 160). No obstante, la heterogeneidad de la revista es mucho más profunda que la que puede expresarse como una tensión entre la profesionalización de la crítica y una creciente politización. No se trata, por lo tanto, de una lucha entre críticos profesionalizados y cientificistas versus críticos politizados y populistas. La revista incluye en sus páginas concepciones de la crítica muy divergentes entre sí. Si bien todas ellas comparten el ideal de la profesionalización de la disciplina –ya sea a través de su inserción en el mercado o de su inclusión en la Universidad- y la aspiración por alcanzar un estatus científico, los caminos que adoptan para cumplir esas metas son diferentes: la “nueva crítica” busca aclimatar en estas costas el programa estructuralista, los críticos más familiarizados con una perspectiva sociológica se apoyan en la aplicación de un marxismo verdadero, mientras que los

partidarios de posiciones filoperonistas procuran subordinar las herramientas marxistas y estructuralistas a la teoría de la dependencia. Es decir, no hay una polarización entre autonomía y política que termina resolviéndose con una forzada politización de todos los discursos, sino que el modelo es más complejo, pues admite matices y, sobre todo, presenta más de dos polos en tensión.

Cuando Peller cuestiona la polaridad entre científicistas y populistas, su argumento consiste en relativizar las diferencias entre ambos polos. Por un lado, aduce Peller, “la sistematización científica de la crítica no va más allá de una retórica científicista debido a la escasa inserción institucional de los cultores de la nueva crítica” (2012: XX). Por otro lado, agrega, la “rigurosidad metodológica” no desentona con el autoexamen permanente que, según Silvia Sigal, cumplió un rol clave en el apuntalamiento de la frágil identidad de esa nueva intelectualidad que terminaría conformando el populismo nacionalista de izquierda (2002: 158). Sin embargo, Peller desarrolla este problema en un apartado de su tesis titulado “De la “nueva crítica” a “una política en la cultura”: científicistas y populistas en *Los Libros*”. En una formulación como ésta, la nueva crítica parecería estar a cargo de los científicistas y la política de la cultura, de los populistas. Sin embargo, el programa crítico que prevalece a partir del nº 29 es el que llevan adelante Sarlo, Piglia y Altamirano, que difícilmente pueda ser calificado de populista. En este sentido, cobra importancia la salida de Galerna. La nueva crítica, que encabezan Schmucler y Rosa, al menos hasta 1973, se inserta institucionalmente no tanto en la Universidad, sino en el mundo editorial, institución literaria con tanto peso como la Academia. La nueva crítica se convierte en el vocero de las novedades, que son culturales y editoriales al mismo tiempo. Cuando esa alianza se rompe, empieza a prevalecer otro programa crítico, tan riguroso metodológicamente como el anterior. Las colaboraciones de Rosa se hacen más espaciadas, hasta “Borges y la crítica” en el nº 26, verdadero canto del cisne de la “nueva crítica”, en donde el rosarino arremete contra los principales exponentes de una crítica de cuño sociológico. Schmucler, como dijimos, se marcha en el nº 28, Ludmer deja de colaborar en el nº 7; empiezan a prevalecer los artículos de Sarlo, que comienza a revitalizar la tradición de la perspectiva sociológica, cuyas raíces provienen de la revista *Contorno*, que había sido cuestionada con ardor por Nicolás Rosa, investido como el vocero de la “nueva crítica” más inquisitivo.⁵ Corolario de esta tendencia es al artículo de Altamirano y Sarlo publicado en el nº 33 de enero-febrero de 1974, “Acerca de política y cultura en la Argentina”, en donde ante la nueva etapa democrática, *Los Libros* abre un debate sobre las políticas que en el campo cultural deben impulsar las agrupaciones de la izquierda revolucionaria elaborando una historia cultural a partir de las nociones gramscianas de hegemonía y organización de la cultura, en donde se polemiza con el peronismo acerca de la formación de una cultura popular en oposición a la cultura de élite y con los rasgos distintivos del relato identitario del justicialismo. En la misma línea se lee la polémica que Sarlo desata en torno de la figura de Hernández Arregui con el artículo del nº 38 “Hernández Arregui: historia, cultura y política”. Ya desde los títulos, puede percibirse el influjo de otras corrientes teóricas que van dejando atrás la picazón estructuralista.

Años después, en la revista *Punto de Vista* nº 34, de julio-septiembre de 1989, Adolfo Prieto iba a ajustar cuentas con los jóvenes críticos de ayer en el artículo “Estructuralismo y después”. Prieto, no sin malicia, liga el auge del estructuralismo al patrocinio de la industria cultural que “hacia el año 1966 había rescatado al estructuralismo de la marginalidad de la práctica académica y del ejercicio disperso de los cazadores de novedades” (1989: 22).

El proyecto crítico de la revista *Los Libros* se ve interrumpido por el golpe de estado de 1976 y con él concluye un modo de concebir las relaciones de los intelectuales con el poder. Poco después, cuando en 1978 se ponga en marcha el proyecto de *Punto de Vista* otros faros teóricos prevalecerán en un nuevo clima de ideas, dominado ahora por la sociología de la cultura.

⁵ Cf. Nicolás Rosa “Viñas, la evolución de la crítica”, *Los Libros*, 18, reseña del libro *De Sarmiento a Cortázar* de David Viñas.

BIBLIOGRAFÍA

- DALMARONI, Miguel (2004). “La injuria ‘populista’ (episodios literarios de un combate político)”. *La palabra justa: literatura, crítica y memoria en la Argentina 1960-2002*, Santiago de Chile/Mar del Plata, Ril, 13-41.
- DE DIEGO, José Luis (2003). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata, Ediciones al Margen, 2003.
- PANESI, Jorge (2000). “La crítica argentina y el discurso de la dependencia”, *Críticas*, Norma, 2000, 17-48.
- PELLER, Diego (2012). *Pasiones teóricas en la crítica literaria argentina de los años setenta*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- PRIETO, Adolfo (1989). “Estructuralismo y después”. *Punto de Vista* 34: 22.
- ROSA, Nicolás (1993). “Veinte años después o la ‘novela familiar’ de la crítica literaria”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 517-519: 161-186.
- SARLO, Beatriz (2001). *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel.
- SIGAL, Silvia (2002). *Intelectuales y poder en Argentina: la década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TERÁN, Oscar (1993). *Nuestros años sesentas: la formación de la nueva izquierda intelectual argentina 1956-1966*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto.

Artículos de la revista *Los Libros*

- AAVV. (1969). “Hacia la crítica”. *Los Libros*, 28: 3-10, septiembre. [encuesta sobre la crítica literaria argentina]
- FORD, Aníbal (1969). “¿Quién mató a Rosendo? De Rodolfo Walsh”. *Los Libros* 1: 28, julio.
- GREGORICH, Luis (1971). “Una pluralidad de la confusión”. *Los Libros* 19: 30, mayo [sobre Pedro Orgambide, *Enciclopedia de la literatura argentina*]
- JITRIK, Noé (1972). “Una nueva etapa en el trabajo crítico: *Cien años de soledad, una interpretación* de Josefina Ludmer”. *Los Libros* 28, 14-15, septiembre.
- LUDMER, Josefina (1970). “La literatura abierta al rigor”. *Los Libros* 9: 5, julio. [sobre Nicolás Rosa, *Crítica y significación*]
- MATAMORO, Blas (1972). “Borges y la crítica. Respuesta de Blas Matamoro”. *Los Libros* 28: 19-20, septiembre.
- NÚÑEZ, Ángel (1971). “Jitrik: para una definición de lo nacional”. *Los Libros* 18:16, abril. [sobre Noé Jitrik, *Ensayos y estudios de literatura argentina*]
- RIVERA, Jorge B. (1969). “Sábado, custodio de las letras”. *Los Libros* 1: 6, julio. [sobre Ernesto Sabato, *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo*]
- RIVERA, Jorge B. (1970). “Los orígenes de la literatura gauchesca”. *Los Libros* 12: 27-28, octubre. [sobre Félix Weinberg, *Tres aproximaciones a la literatura de nuestro tiempo*]
- RIVERA, Jorge B. (1972). “Literatura y peronismo. Las dificultades de lo explícito en literatura”. *Los Libros* 28: 12, septiembre. [sobre Ernesto Goldar, *El peronismo en la literatura argentina*]
- ROMANO, Eduardo (1969). “Roberto Arlt”. *Los Libros* 2: 6, agosto. [sobre David Maldavsky *La crisis en la narrativa de Roberto Arlt* y Ángel Núñez, *La obra narrativa de Roberto Arlt*]
- ROMANO, Eduardo (1972). “*El fuego de la especie* de Noé Jitrik”. *Los Libros* 28: 16, septiembre.
- ROSA, Nicolás (1969b). “La crítica como metáfora”. *Los Libros* 2: 4, agosto. [sobre Severo Sarduy *Escrito sobre un cuerpo*]
- ROSA, Nicolás (1969a). “Nueva novela latinoamericana ¿nueva crítica?”. *Los Libros* 1: 6, julio. [sobre Jorge Lafforgue (comp.), *La narrativa latinoamericana actual*]
- ROSA, Nicolás (1971a). “*Sur*, el espíritu y la letra”. *Los Libros* 15/16: 4-6, enero-febrero.
- ROSA, Nicolás (1971b). “Viñas: la evolución de la crítica”. *Los Libros* 18: 10-12, abril. [sobre David Viñas, *De Sarmiento a Cortázar*]
- ROSA, Nicolás (1972a) “Borges y la crítica”. *Los Libros* 26: 19-21, mayo.
- ROSA, Nicolás (1972b). “Contracrítica”. *Los Libros* 28: 22-24, septiembre.
- SARLO, Beatriz (1974). “Hernández Arregui, historia, cultura, política”. *Los Libros* 38: 3-7, noviembre-diciembre.
- SARLO, Beatriz y Carlos Altamirano (1974). “Acerca de política y cultura en la Argentina”. *Los Libros* 33: 18-24, enero-febrero.
- SCHMUCLER, Héctor (1972). “*La búsqueda de la significación literaria*”. *Los Libros* 28: 17, septiembre. [sobre Jorge Lafforgue (comp.) *La narrativa latinoamericana actual III*]